



## Ciudadanos y culturas mediáticas: ocultos en la formalidad democrática<sup>1</sup>

### Citizens and Media Cultures. Hidden in Democratic Formality

Rosa María Alfaro Moreno<sup>(\*)</sup>

Asociación de Comunicadores Sociales Calandria - Perú

---

#### **Resumen**

*Estamos ante un modo de comprender la relación entre comunicación, cultura y política, ampliando los sentidos de la dimensión social de la vida. Se evidencian diferentes procesos de inclusión mediática que asumen los ciudadanos receptores de medios en diferentes campos. Se recupera así el concepto de mediación aplicable al campo de interacciones entre miradas disciplinarias varias, como entre ofertas y lecturas que se hacen de ella. Los sentidos de pertenencia apelan niveles individuales y climas colectivos que se instalan y mueven constantemente, generando cambios. Para ello, la asociación cultura-sociedad es especialmente destacada, permitiendo entender posicionamientos ante el poder. Mediaciones que*

#### **Abstract**

*We are facing a way of understanding the relationship between communication, culture and politics, broadening the meanings of the social dimension in life. Different processes of media inclusion are evidenced, and they are assumed by media receptors in different fields. This way, a concept of mediation applicable to the field of interactions among varied disciplinary glances and among the offers and readings made of them, is recovered. The feelings of belonging appeal to individual levels and collective atmospheres that are installed and move constantly, generating changes. In this process, the culture and society association is especially outstanding, allowing the understanding of positioning with regards to*

---

<sup>1</sup> Este texto fue publicado en inglés con algunos cambios en la revista *Citizens and Media Cultures: Hidden Democratic formality*. Londres: Sage Publications.

*siendo culturales son también sociales y especialmente políticas. Así el concepto de democracia aparece reinterpretado por las audiencias evidenciando diversidades ocultas por el ejercicio político formal. El texto levanta el telón para evidenciar mundos subjetivos de reinterpretación. De esa manera se identifican distintas ubicaciones y definiciones de ciudadanía. Se evidencian desplazamientos entre información y placer, más allá de un simple análisis de contenidos.*

**Palabras clave:** *democracia, cultura mediática, mediación, ciudadanía, diálogo social.*

*power. These mediations are cultural, but they are also social and, especially, political. Thus, the concept of democracy emerges reinterpreted by the audiences, evidencing hidden diversities by the formal political exercise. The text raises the curtain to evidence subjective worlds of reinterpretation. This way different locations and definitions of citizenship are identified. Movements between information and pleasure are evidenced beyond a simple content analysis.*

**Keywords:** *democracy, media culture, mediation, citizenship, social dialogue.*

---

## 1. INTRODUCCIÓN

La relación entre cultura y medios ha sido estudiada en Latinoamérica, especialmente en las décadas de los ochenta y los noventa. Asistimos así a un proceso de producción intelectual que tuvo como principal reto el trasladarse de posiciones que miraban la cultura y la comunicación como extrañas entre sí y en una relación exclusiva de dominación, a una comprensión del papel cultural de los medios sin tener que cuestionarlos a priori, más bien buscando entender de qué estaba hecha la interacción y circulación de significados. Lo que significó un detenimiento en los públicos como sujetos y no como una caja simple de resonancia de los medios, des-ideologizando de esa manera el debate. Esta corriente llevó a definir a los medios como mediaciones culturales (Martín-Barbero, 1987)<sup>2</sup> y a los sujetos inmersos en ella en una interacción que generaba relaciones con la modernidad y comprometía procesos más complejos como las hibridaciones culturales (García Canclini, 1989), la experiencia de la modernidad en relación a diferentes medios o instituciones, la incorporación de las culturas populares en la masiva (Brunner) o la relación entre cultura y globalización como un fenómeno de mundialización (Ortiz, 1997). La audiencia cobró el rol de sujeto comunicativo y cultural (Orozco, 1996). Se estudiaron diversos géneros como la telenovela (Martín-Barbero, dir., 1988) que evidenciaba un campo culturalmente rico en la construcción de imaginarios y de reconocimientos comunicativos populares, incluyendo la construcción de la política (Rey, 1998). Muchos autores más forman parte de este torrente de producciones que buscaban entender la cultura más allá de los límites establecidos. Ciertamente fue y sigue siendo toda una corriente irreverente de reflexión y pensamiento renovador. Esta asociación entre cultura y comunicación desde las mediaciones fue sostenida antes en España por Manuel Martín Serrano (1978), vinculada al campo de las narrativas socio políticas que ocurrían en el ámbito de lo cotidiano y en la construcción de poderes en relación con los medios. Se recoge esa denominación en Latinoamérica más bien para aplicarla en tanto clave de comprensiones sobre nuestros laberintos de identidad, aquella naturaleza de tan complejas contradicciones y el enganche con el mundo global, ocupando un lugar preferente la recepción de medios desde el ámbito privado y su conexión con lo público.

---

<sup>2</sup> MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones*, publicado primero en Gustavo Gili en los 1987 y vuelto a publicar en 1997 por el convenio Andrés Bello, además de traducciones del texto en otros idiomas.

Para el caso del presente artículo retomamos un concepto sencillo de cultura pertinente a su relación con la política y la democracia, apreciándola como “el modo particular en que una sociedad experimenta su convivencia y la forma en la que se la imagina y representa”. Y en ese sentido, se comprende al actor cultural como un sujeto que “es aquel que se tiene a sí mismo como origen y fuente de sentido de sus acciones sobre el mundo, y que dispone de las condiciones colectivas para imaginarlas y rechazarlas” (usado por el Equipo de Desarrollo Humano de Chile, 2002).

## **2. ENTRE CONCEPTOS BÁSICOS Y REALIDADES: MEDIOS Y CULTURA POLÍTICA DEMOCRÁTICA EN DESCONEXIÓN Y DESCONCIERTO**

Entendemos la cultura política como el lugar de formación de las subjetividades conformadas en relación al poder político democrático, sean afines entre sí o diferenciadas. La componen sentidos comunes, emotividades constitutivas, sensibilidades frente al poder de otros y al propio, interpretaciones emblemáticas y valóricas de las relaciones entre gobernantes y gobernados, que son aspectos que están incluidos en nuestra concepción de análisis. Se pone en juego el valor propio y de sus pares frente al poder al interior de formas de convivencia compartidas. Aunque es distinto el hacerlo cuando estás en el poder que cuando te ubicas fuera. Es decir, comprometemos las apropiaciones simbólicas que los ciudadanos hacen de la política involucrándose o no en ella y las matrices de comprensión o guías de sus comportamientos y valoraciones que les permite conectarse con el ejercicio del poder y del suyo propio. Está relacionada con las adquisiciones éticas implícitas, tanto en la relación establecida entre ciudadanos como de éstos con sus autoridades y la estructura-funcionamiento del orden político existente. Es decir, en ella se expresa, por ejemplo, cuánto la democracia es aceptada o no y en qué sentido el ciudadano encuentra su propia fuerza y valor en reconocerla y ejercerla o en rechazarla o ignorarla. Lo que saben de la democracia es lo que la vida cotidiana les otorga y desde allí es que son confrontados por los medios de comunicación, por ser éste hoy el lugar de los encuentros entre autoridades, líderes y ciudadanos, lo que permite desentrañar lo que uno vive, en el día a día. Cultura política significa información-conocimiento, valoraciones, sentidos del sí mismo y voluntad de pertenencia, pulsiones subjetivas formadas para establecer relaciones y reaccionar frente a coyunturas, instituciones y actores políticos. No es posible aislar al ciudadano del contexto real sino más bien se

trata de comprenderlo en relación a él y el sistema democrático que aún tenemos. “Si la democracia supone el reconocimiento del otro como sujeto, la cultura democrática es la que señala a las instituciones políticas como lugar principal de este reconocimiento del otro” (Touraine, 1998: 223). De ese diálogo entre sujetos, instituciones y acontecimientos extraemos las huellas de una cultura política viva que opera como antena desde un conjunto de sensibilidades frente al poder, el que se recicla en contacto con la noticia. Es la diferencia entre la democracia predicada y la vivida, estando la segunda en mejor relación con los medios más que con la primera. Allí podremos comprobar si existe o no un “nosotros” político.

La cultura política latinoamericana se nutre de múltiples diferencias como se ha venido explicando. Sin embargo, curiosamente en el campo de lo político ciudadano, lo nacional y lo local cobran un lugar céntrico, que no lo tiene el entretenimiento, que por cierto se coloca mejor en la diáspora de la mundialización cultural. Esto lo notamos claramente en los discursos que se emiten por los medios y que son básicamente aceptados, donde el poder nacional se redimensiona como el corazón de la vida política, el culpable de todas las desgracias de la gente. El consumo televisivo, por ejemplo, se activa en el cable para buscar otras ofertas cuando se tiene el servicio a la mano, menos en lo informativo. Las secciones mundiales de periódicos son pobres y escuetas en noticieros y diarios desde el punto de vista informativo, reduciéndose cada vez más. Y al mismo tiempo nuestros medios le dan más cabida al mundo local y hasta personal de las autoridades, localizándose en exceso, hasta convertirse en los grandes difusores del escándalo y el chisme, salvo momentos en que las sensibilidades humanas generales son afectadas como por ejemplo con la guerra de Irak o una desgracia internacional de grandes proporciones. A la ya concebida desconfianza sobre la política se añaden más elementos para que la furia colectiva crezca al lado de desengaños sobre la democracia. Tal énfasis ha ido generando grandes y profundas desilusiones sobre las posibilidades de cambiar.

El ciudadano es el sujeto de la democracia, aunque no lo parezca, por lo tanto requerimos recordar que cuando hablamos de ella es “para aludir, a grandes rasgos, a una sociedad libre, no oprimida por un poder político discrecional e incontrolable, ni dominada por una oligarquía cerrada y restringida, en la cual los gobernantes respondan a los gobernados. Hay democracia cuando existe una sociedad abierta en la que la relación entre gobernantes y gobernados es entendida en el sentido de que el Estado está al servicio de los ciudadanos y no los ciudadanos al servicio

del Estado en la cual el gobierno existe para el pueblo y no viceversa” (Sartori, 1994: 23-24), como no suele suceder. Nuestra hipótesis es que esta utopía no llega de esa manera a la gente, no forma parte de sus deseos e imaginarios colectivos ni personales. En muchos sectores de la ciudadanía, lo que éstos perciben es el desorden, la desigualdad, la corrupción, como componentes asociados a esa democracia. Si bien son indispensables ciudadanos responsables de la misma, pero tomando en cuenta sus puntos de partida, sus dudas y desconfianzas, las valoraciones que están situadas en la incredulidad. Es cierto que la teoría política no niega la idea del conflicto social sino que lo asume para resolverlo enriqueciéndose de su existencia, pero el problema es aún más complejo pues es el propio sentido de pertenencia es el que está en cuestión. “La divisa Libertad, Igualdad, Fraternidad da la mejor definición de la democracia, porque reúne unos elementos propiamente políticos con otros que son sociales y morales. Pone en evidencia que si la democracia es verdadera, un tipo de sistema político y no un tipo general de sociedad, se define por las relaciones que establece entre los individuos, la organización social y el poder político y no solamente por unas instituciones y unos modos de funcionamiento” (Touraine, 1998: 112). Esa relación entre estado y ciudadanía le da un sentido significativo y estructural a la definición de democracia resaltando su valor comunicativo. Pero en la realidad no es así, como veremos más adelante. Pues esos grandes principios no se presentan respaldados por las prácticas. Y la tendencia comunicativa no se suscribe a este sentido ético de la democracia sino al ordenamiento formal que garantiza un buen funcionamiento del mercado. Por ello en este campo podemos decir que las identificaciones locales y mundiales están en desorden aún, no se enlazan caminando por separado. Cuando un grupo de instituciones participamos en la producción de una ley de radio y televisión como iniciativa legislativa ciudadana, el recurrir a la legislación comparada fue una novedad para políticos y ciudadanos, se quedaron sorprendidos. Nuestros políticos no entienden la comunicación política, ni los une al ciudadano un interés por estar cerca de ellos, siquiera como votantes, no tratan de dialogar con su cultura política ni buscan su formación democrática, sino más bien potencian el desengaño y su propia destrucción como actores públicos.

Muchos autores académicos señalaron que la ciudadanía es un concepto histórico, pre-capitalista, señalado y practicado por los griegos al interior de un sector social. Se recuerda que fue principio político moderno sólo con la democracia y su legitimación liberal. Muchos cambios se han procesado en el camino, existiendo hoy diferentes enfoques sobre el senti-

do de la ciudadanía en una sociedad desigual como la nuestra. Nuevos conceptos han tenido lugar, rescatando los hallazgos liberales pero otorgándoles otros sentidos, desde la búsqueda de nuevas utopías que puedan articular libertad y justicia, participación e igualdad, ética y política, representación y participación. En realidad se trata de unir en la identidad ciudadana dos nociones, la de pertenencia a una comunidad que se forja y la de justicia donde prima el ideal de la igualdad. Y este enfoque debiera traducirse en un proyecto político cultural que no existe en nuestros países. En otros continentes se han dado avances, como por ejemplo la superación de la dicotomía entre sujeto individual y colectivo haciéndolos a ambos parte de su propia existencia, pues se requieren uno al otro para existir. No es posible la ciudadanía sin la existencia de otras similares que se respetan y reconocen mutuamente como capaces de hacer cosas juntos. “El estatuto de ciudadano es en consecuencia, el reconocimiento oficial de la integración del individuo en la comunidad política, comunidad que desde los orígenes de la Modernidad cobra la forma del Estado nacional de derecho” (Cortina, 1977: 39). El asunto central es cómo esta comunidad es asumida y valorada por los diferentes actores, cómo ingresan al campo de la subjetividad. Y lamentablemente ingresan mal, constituyéndose más como prácticas de subsistencia que como aspiraciones de transformación política.

También es cierto que la ciudadanía colectiva no es resultado sólo de la conciencia individual. Touraine nos recuerda que el ciudadano es el sujeto protagonista de la democracia que “es a la vez razón, libertad y memoria. Estas tres dimensiones corresponden a las de la democracia, pues la apelación a una identidad colectiva debe traducirse en la organización política por la representación de los intereses y los valores de los diferentes grupos sociales” (Touraine, 1998: 185). Pocas veces comunicadores y políticos comienzan desde donde estamos para seguir una ruta. Definición que compromete a las personas individuales y a sus organizaciones, considerándolas como capaces de razonar, ejercer su libertad y tomar en cuenta lo vivido para hacer política de una manera u otra. Es decir, los colectivos no valen en sí mismos sino por su integración a la organización política colocando sus demandas a disposición de una comunidad más grande. Pero la relación entre lo privado y lo público será también una tensión permanente en la construcción de los intereses comunes, reformulándola según cada evento o condición vivida, dada la complejidad de articulaciones y desarticulaciones ya existentes entre mundo privado y mundo público (ver Alfaro, 2001).

La idea de pertenencia le da otro sentido al principio más bien jurídico que entiende al ciudadano como sujeto de derechos y obligaciones, es decir como actor responsable de sí mismo y de las diferentes comunidades a las que pertenece. “Es decir, nos une un COMPROMISO, un CONVENIO COMÚN, una corresponsabilidad, que se va construyendo poco a poco” (Alfaro, 1997). Y al vivirlo así los ciudadanos son sujetos de derechos pero también de responsabilidad y participación que se va exigiendo y proponiendo. El énfasis en los derechos subraya una participación de defensa del sujeto individual y colectivo con respecto a los otros y el estado. En ese campo hay muchos avances en Latinoamérica, hoy hasta los niños hablan de sus derechos y tratan de hacerse respeto no siempre con éxito. Pero es la responsabilidad la que no surge, pues al buscar la inclusión del ciudadano en las decisiones políticas de una sociedad lo coloca en otro lugar más allá de la demanda y nuestros ciudadanos aún están en dificultad de entenderla así. En ese sentido, más integral, si la ciudadanía se va haciendo en relación con la democracia desde ambos sentidos, tomando en cuenta el desarrollo institucional y la historia cultural-política del país, para lo cual la voluntad de ser una sociedad democrática debe guiar el camino de aportes y comportamientos, habría que proponer otras perspectivas comunicativas y culturales más incluyentes. Los derechos plenos y su respeto deben formar parte de los objetivos de la democracia, que le competen a la sociedad civil y el estado. Es este sentido de pertenencia el que está en cuestión o en formación. En nuestros países esta es aún ambigua, emotiva y variable, da saltos. Por ejemplo hay grandes diferencias entre una jornada electoral y un partido de fútbol de carácter competitivo internacional. Sale, se siente y actúa bajo referencias específicas. Aún no podemos sostener que la pertenencia sea una conquista ciudadana ya formada.

Los medios de comunicación se constituyen hoy en un factor importante de formación ciudadana y de legitimación del poder democrático. La clase política se justifica o se incorpora al cuestionamiento por relación y acción directa con periódicos, revistas, radio y televisión. Las nociones de autoridad, de valores y de comprensión de la institucionalidad política de un país se conforman o consolidan en el acontecer noticioso y en los programas o secciones de la actual oferta massmediática. La propia agenda nacional e internacional sólo es posible construirla desde la producción y el consumo cotidiano de los medios. Los conceptos y sentimientos de nación y mundo son también interpelados desde allí. En la misma línea, la ciudadanía va definiendo sus estilos y modos de comunicación, lo que los une y diferencia, la tolerancia de la que es capaz o la intransigencia, la soli-

daridad que le resulta posible. Los climas colectivos de confianza o desconfianza pasan por la observación de aconteceres e imágenes massmediáticas desde la noticia que día a día va definiendo nuestra comprensión de país. Estos medios son hoy fundamentalmente audiovisuales; opinantes pero poco reflexivos, menos analíticos y deliberativos; e inmersos en una gran confusión ética imperando la desesperanza. El ciudadano se entera de la política desde ellos y desde algunas huellas de la acción política en la vida cotidiana. En la primera vía debe guiarse por la presentación e interpretación de los hechos que puede observar, dependiendo de los discursos a los que está expuesto. Y en la segunda sólo aparece cuando comprueban lo que las autoridades hacen y no hacen, siempre y cuando los afecte directamente. En ambos casos las fuentes pueden ser bastante relativas.

Los medios son una fuente de producción de su propia modernidad cultural y de la moral que la sustenta. Si bien éste es un fenómeno global, en los países de débil institucionalidad estatal, política y social, los medios tienen un peso mayor en la medida que la educación, la familia, las organizaciones sociales y los partidos no aportan a forjar ciudadanos independientes y democráticos sino más bien suelen acentuar sentimientos de sobrevivencia y de sumisión al poder, generando conciencias individuales y colectivas dispuestas a legitimar el autoritarismo, el clientelaje, el desorden y la corrupción. Al no funcionar el contrapeso de los propios poderes y de la sociedad civil, los medios tienen un papel relevante en cuanto a la información y las corrientes de opinión que se visibilizan. Sin embargo, no todos admiten la responsabilidad de ese rol ya gestado a pesar de su voluntad. Requieren adquirir un papel fiscalizador político y social, rol que no siempre saben administrar.

Los medios constituyen la esfera pública de la sociedad actual, en el sentido que por esos medios, especialmente la televisión, pasa y se define lo que es de todos: los temas e intereses comunes; los conflictos que nos atraviesan; las autoridades y personajes públicos, los consensos y disensos desfilan para ser aceptados o negados. El propio sentido de la noticia es pautar lo que es público o no, hasta hechos privados pueden definirse como tales. Se configuran o afirman las creencias o la falta de credibilidad de estilos, personajes, hechos. Se forma la opinión pública que tanta influencia tiene en la política pues ésta terminará siendo clave en las votaciones electorales. Eso explica por qué la publicidad está allí presente con grandes inversiones de dinero. Sin embargo esa esfera pública no es homogénea como normalmente se nos presenta, escondiendo las diversas tendencias y

los desacuerdos en el campo de la opinión pública. En ese sentido es interesante el cuestionamiento que hace Nancy Fraser a dicha uniformidad (objetando a Habermas), al hacernos ver que hay públicos y contrapúblicos, públicos débiles o fuertes (Fraser, 1997: 113-132), subrayando así que hay intereses y puntos de vista diferenciados que es necesario explicitar para hacer público no sólo lo que nos es común sino las contrapartidas existentes. Sin la existencia de un espacio público que exprese la pluralidad no será posible generar una cultura política democrática. Tampoco lo será sin la participación pues podría correr el riesgo de ser más privada que pública. La opinión pública deber ser tal, es urgente que lo sea. En esa línea podemos afirmar que esa esfera pública en nuestros países está vacía pues se llena y descarga constantemente sin que queden las huellas de lo común.

En ese sentido recogemos el reto de ir hacia una nueva opinión pública más democrática y no sólo espejo de los climas colectivos momentáneos definidos por las encuestas. Es decir, una opinión pública basada en la participación de diversos actores reconocidos incluyendo al ciudadano, que sea deliberativa, trabajada en relación a la representación otorgada por el voto, buscando lo común y los disensos, dotada de información, que dialogue con el poder, usando los lenguajes múltiples que existen y acercándose a una noción de actualidad más amplia que el simple acontecer noticioso (como lo sostiene Miralles, 2000). Se trata, por lo tanto de múltiples públicos que son incluidos en la discusión y debate público, preparando nuevas formas de expresarla sin unificarla, pero que sin embargo es capaz de construir acuerdos y presionar, haciéndose cargo de la problemática social y política existente. La vigilancia ciudadana en ese sentido se ubica como innovación en referencia a la esfera pública.

Por ello, los medios son importantes en la lucha contra el autoritarismo y a favor de la democracia. O en la legitimación de las dictaduras. Durante años, por ejemplo en el Perú, muchos medios se sometieron al poder ocultando la verdad y ensalzando el autoritarismo sin que la ciudadanía protestara. Más bien un 70% de la ciudadanía apoyaba al autócrata. Este fue un factor que impidió la caída del régimen años antes y dio pase a la reelección anticonstitucional. Pero a la vez, es interesante comprobar cómo la visibilidad del poder desde algunos medios cuando se expuso los "vladivideos" y cuando el periodismo de investigación se comprometió en la lucha por la democracia, lograron darle un fuerte golpe al régimen antidemocrático haciendo viable su caída. La libertad de expresión bien enten-

dida es sustancial a la democracia. Pero ésta no puede erigirse violando otras libertades. “Dado que las diferentes libertades básicas están abocadas a entrar en conflicto, las reglas institucionales que definen estas libertades deben ajustarse de forma que encajen en un esquema de libertades coherente (...). No se infringe estas libertades cuando meramente se regulan, como han de regularse, a fin de combinarlas en un esquema, y se adaptan a ciertas condiciones necesarias para su ejercicio duradero. En tanto cuanto se proporciona lo que voy a llamar “márgenes centrales de aplicación” de las libertades básicas, se satisfacen los principios de la justicia. Por ejemplo, las reglas de orden son esenciales para regular la libre discusión. Sin una aceptación general de procedimientos de indagación y preceptos de debate razonado, la libertad de expresión no puede cumplir su finalidad” (Rawls, 1997: 37-38). Latinoamérica es en ese sentido paradójica, pues en realidad lo que se defiende es la libertad de empresa, es decir la posibilidad de hacer todo lo que signifique vender.

Sin embargo no es el único espacio de su construcción. Están las redes de conversación que se van fundando, los foros y cabildos locales, las mesas de concertación, los lugares de encuentro y que aunque no estén articulados van definiendo algunos sentidos comunes. Lo que difícilmente pueden crear los medios son comunidades y ello nos plantea un problema difícil de resolver especialmente si se trata de la comunidad nacional en plena era de la globalización.

### **3. SOCIEDADES Y CULTURAS EN MOVIMIENTO**

Aún solemos encontrarnos con una fuerte tendencia de comprensión de la cultura, tanto en los estudios académicos como en el sentido común de la ciudadanía, que continúa identificándola con lo étnico y lo folklórico, es decir con lo diferente. Se resalta como supuesta divergencia entre grupos humanos disímiles. Concepto que se ha construido sobre la base de diversas oposiciones como tradición versus modernidad, occidente frente a su negación, organización social contra costumbres, creencias versus pragmatismos, fidelidad ante la traición cultural, comunidad en vez de masas. También se han procesado reducciones, pues se ha establecido una comprensión de la cultura basada en sí misma (lo cultural), es decir en costumbres, estéticas y creencias. Poco se ha trabajado en la identificación de sensibilidades, de lenguajes de diverso tipo (oral, audiovisual) y no sólo idiomático, menos en los imaginarios de la gente sobre sí misma y sobre

los demás. Los aspectos comunicativos están aparte o juegan siempre un rol perjudicial. Tampoco se la ve en todo su dinamismo pues no dialogaría con las problemáticas sociales, las interlocuciones económicas, las relaciones políticas, las representaciones del sí mismo y de los otros. La identidad es algo más compleja que la dimensión colectiva pues dialoga con aventuras y experiencias individuales, transita por biografías específicas, las que a su vez conforman las comunidades culturales que hoy también tienen que ver con lo público y con lo que ocurre en el mundo.

Esta visión que criticamos surgió como contraposición a una legitimación de la llamada “cultura culta” como la única universalmente aceptada, discriminado severamente a los “no cultos”, afiliando esa comprensión a los bajos niveles educativos de educación formal y de situación económica desfavorecida de ciertas agrupaciones culturales. Situación que como postura ideológica o social aún prevalece en algunos sectores intelectuales conservadores. En ese sentido, la identificación entre etnia y cultura fue revolucionaria y cuestionó la primacía de una perspectiva cultural sobre otras, especialmente en los países latinoamericanos donde tradición de grupos indígenas o de sectores populares urbanizados y modernidad como factor de integración social, han ido creando convivencias culturales de una amplia y compleja diversidad.

De esa manera se pretendió legitimar luego derechos y respetos culturales que fueron bienvenidos. Se le dio visibilidad a la diversidad cultural. Pero, los cambios que se han venido produciendo y que son evidentes se suman a la categoría de “no vistos” o de condenados por el malestar cultural que éstos conllevan. Lamentablemente tales defensores de la cultura étnica han corrido hacia visiones y actitudes proteccionistas, ocultando los sincretismos y la complejidad de una cultura en movimiento que estamos viviendo. Esta innovación “antropológica” en el pensamiento sigue siendo útil para escuchar y comprender a los diferentes, pero es insuficiente para entender la enrevesada interacción cultural que ocurre en un mundo donde las oposiciones antes nombradas están en permanente movimiento y contacto. Si bien continúa una búsqueda de lo propio, a la vez en este proceso muchos actores asumen cualquier tipo de novedad que les ayude a vivir en común sin ser excluido de la sociedad. Los diferentes matices con que se superpone la modernidad a la tradición o la convivencia entre el amor a la tierra y al negocio, entre muchas otras interacciones más, dan muestra de un gran intercambio donde priman apropiaciones pero también diferencias. La fiesta comunal es hoy un espectáculo televisi-

vo o radial. Y la música pura no existe más, su riqueza está mas bien en las mezclas y nuevas creatividades que se experimentan. Aparecer en la telenovela como un pobre que surge y triunfa genera identificaciones fuertes con el melodrama. La cultura no es un más algo fijo y esencial, mas bien es errante y abierta a cambiar. Hoy, si bien se nutre del pasado está en el presente y mirando el futuro. No podemos olvidar, sin embargo, que sigue siendo evidente que determinadas inserciones culturales tienen que ver con los estatus sociales de conquista de ciudades y países (Blondet, Degregori, Lynch, 1986; Alfaro, 1986). Todo lo cual nos dibuja un panorama cultural en permanente movimiento donde varían las concepciones de territorio y de temporalidad, en la búsqueda de una nueva identidad que no se estanca sino que su propia naturaleza está siempre modificándose.

Lo que demuestra una fuerte relación entre las problemáticas sociales y culturales, siendo las primeras un factor de recolocación y cambio cultural altamente importante, debido a dos grandes fenómenos vivenciales: las exigencias de supervivencia de grandes sectores de la población latinoamericana que llevan a posturas de sumisión desde su propia victimización pero con una alta dosis de experimentación con creatividad; y a la vivencia cotidiana de la exclusión social que lleva a muchos sectores a realizar inversiones culturales de cualquier tipo con tal de obtener igualdad y reconocimiento, en el campo real y en el simbólico, incluyendo a los medios. Ello ha llevado a formar dos grandes movimientos de intercambio de los actores culturales tradicionales. Están los que reaccionan agrupándose entre pares surgiendo de manera más colectivista al escenario público y hasta político (Ecuador o Bolivia) o a búsquedas diversas de integración a la modernidad (Perú, Guatemala, etc.). Aunque tales tendencias pueden convivir en un mismo país como México o en los otros ya nombrados. Hay múltiples casos de campesinos pobres que adoptan conductas productivas no tradicionales para poder supervivir y progresar. Muchos migrantes si bien conservan algunos aspectos sus culturas originarias que las trasladan a las grandes metrópolis del mundo, los mecanismos de adaptación los lanzan a otras contingencias culturales aún poco estudiadas.

#### **4. EL “NOSOTROS” SE DESTERRITORIALIZA Y SE DIVERSIFICA EN CONTACTO CON LOS MEDIOS**

La lógica del mercado ha organizado la vida de la gente, incluyendo a las etnias por más aisladas y auto defensivas que éstas sean. Su lógica

permea a todos, aunque de diversas maneras. Incluso define los capitales culturales individuales y colectivos de una sociedad. En ese sentido, la pobreza que sigue creciendo en el continente ha adquirido hoy otros significados no sólo sociales sino también culturales. Porque si bien se busca ser parte de ese mercado para poder vivir, ocurre que no se logra resultados similares a los anunciados, sembrando de frustraciones las subjetividades de los afectados. Es posible ver permanentemente en la televisión y los periódicos la exhibición de ese mercado, no sólo desde la publicidad sino también desde las ofertas informativas y de entretenimiento cotidiano y en todos los momentos de la vida. Ello significa que las frustraciones vividas están siempre confrontándose y reciclándose con los medios, en medio de un contexto real hostil que no les permite ganar dinero. Tanto la búsqueda del confort y sus símbolos como el acceso al intercambio económico ha configurado a otros sujetos variando sus demandas al mercado según la posición en que se esté. Aunque la ubicación social y las herencias culturales determinen características subjetivas y formativas más específicas, esta inserción en el vasto y ajeno campo mercantil con sus nuevas tecnologías adquieren distintos significados desde una perspectiva más global que local, planteando nuevos referentes para organizar la vida, las esperanzas y las sensibilidades valóricas de la gente.

A la vez, los grandes poderes económicos están en el mundo habiendo perdido importancia la centralidad nacional en relación a un territorio de límites precisos, con poderes organizadores de la vida en su conjunto. Así el mundo se torna en una especie de gran sistema que engloba a los otros más nacionales y locales, siendo estos últimos capaces, incluso, de acoplarse a un sistema del mundo sin pasar por las hegemonías nacionales. Igualmente, la cultura se desterritorializa en su producción pero también en el consumo (en la perspectiva de los planteamientos de Ortiz, 1997) en este proceso de globalización económica y de cambios culturales que redefinen al sujeto ya no sólo como un ciudadano nacional sino del mundo, lo cual no significa necesariamente integración y ciudadanía plena. La desigualdad y la exclusión en ese sentido tienden a expandirse como un fenómeno global, la migración internacional lo expresa. La cultura se mundializa, lo cual no significa que se amplía y diversifica en entelequias lejanas sino que nos llega a cada uno, emblematizada por ejemplo en el quehacer comunicativo de Internet frente a una computadora. El intercambio cultural que ha facilitado la televisión por cable o la inclusión de música del mundo en cada país y localidad ha recolocado en cuestión el tema de los límites territoriales de las identidades culturales. Cambios que

han ocurrido de mano con la técnica. Así podemos afirmar que “la mundialización de la cultura se revela a través de lo cotidiano” (Ortiz, 1997: 18) aunque se genere desde un nuevo lugar: el mundo y sus hegemonías científicas, tecnológicas y culturales.

Lo nacional como referente de identidad política también ha sufrido descolocaciones, tanto en el campo real como en el simbólico. El estado nación como proyecto cultural moderno en muchos de nuestros países no ha podido afianzarse ni siquiera culminarse medianamente. Pero a la vez es interesante que hasta los nuevos movimientos sociales actúan en el mundo para poder influir también en su país, como por ejemplo, los de derechos humanos, los ecologistas y los movimientos feministas, apareciendo además una actuación de la sociedad civil más allá de las fronteras nacionales. Si bien se crean nuevos espacios de conexión, no se anula que haya independencia en las diferentes partes que los componen y por lo tanto que se generen cambios en cada sociedad más precisa. Lo que nos confirma algunas hipótesis de autores latinoamericanos quienes vienen prediciendo que la globalización de la economía y la mundialización de la cultura localizan a la vez la organización de los sentidos de pertenencia y de producción cultural. Es interesante comprobar el desinterés que encontramos en muchos ciudadanos por vigilar a los congresistas de la supuesta nación (ver Alfaro, 2003a), pero sí demandaban hacerlo a sus autoridades locales y regionales, que les son más cercanas. En una pequeña investigación que realizamos para ISIS internacional, encontramos que las mujeres de diferentes sectores sociales apreciaban y usaban Internet desde diversos lugares: el trabajo, el entretenimiento y el intercambio coloquial con sus pares de otros países. Este último fue especialmente buscado por líderes populares que intercambiaban amistad y pertenencia con otras de diferentes países latinoamericanos.

Comprobamos un constante ir y venir, incluso temáticamente entre el “nosotros” ubicado en el mundo y el otro “nosotros” local. Hay un cierto movimiento en diáspora que busca en el mundo una interpretación propia inclusive, permitiendo las interconexiones culturales informativas y de representación. En ese sentido es ejemplificador el modo en que desde nuestro país se siguió los acontecimientos sociales y políticos del 11 de marzo sucedidos en Madrid y luego las elecciones nacionales, pues nos ayudaron a entender el cambio de la fisonomía del terrorismo que habíamos vivido en Perú, pues aquí más se apostó a la conquista del estado nacional para avanzar en el mundo como una utopía lejana. Y al mismo tiem-

po nos sentimos ciudadanos del universo, lloramos lo ocurrido y nos entusiasmos con el giro electoral. Pero, es evidente que entre mundo global y mundo local quien más se desdibuja es el nacional, en Latinoamérica, sumido en una tormenta de dificultades para conectar la democracia con el progreso vaticinado por la modernidad.

Ello sucede por los cambios ocurridos en los sentidos de territorio y de tiempo, interdependientes el uno del otro, especialmente en áreas como el turismo, el nivel mediático y la circulación cultural que se da por Internet. Esta circulación territorial es cada vez más posible y viable, no sólo de una localidad a otra sino entre países. Incluso hasta es posible tomar menos horas entre países y continente que dentro del propio. Más aún es casi una revolución cultural el ver lo que ocurre al mismo tiempo a miles de kilómetros del lugar donde se ve. “Durante el Antiguo Régimen, espacio y tiempo estaban confinados a lugares seguros, confiriendo estabilidad al orden estamental. Los límites separaban las clases sociales, la ciudad del campo, la cultura erudita de la cultura popular impidiendo un movimiento de un lado para el otro. La modernidad rompe ese equilibrio de estabilidad. Su movilidad impulsa circulación de las mercaderías, de objetos y de personas” (Ortiz, 1997: 70).

Todo lo cual no acontece de manera romántica pues las grandes explicaciones del mundo y de nuestros orígenes y futuro han quedado en cuestión dando paso a otros modos vida y proyección más pragmáticos, negociables y movibles, sin sentido utópico por lo menos en algunos de sus aspectos. Las ilusiones y los deseos de progreso como de inclusión reemplazan los viejos relatos y las aspiraciones más ideológicas o tradicionales. Aunque estos deseos no estén ideologizados, funcionan como resortes de nuestros imaginarios, más tolerantes y condescendientes con el futuro y el cambio. Ser de una cultura o de un país no impide trasladarse a otro pues los territorios hoy son más simbólicos que reales. Tampoco significa la aniquilación de la identidad sino una oportunidad para reciclarla.

Los medios de comunicación son parte de este proceso de mutaciones, ligando de manera conciliada aunque inorgánica los saberes humanos y los intercambios. Mirar, leer y oír constituyen formas activas de participación, aunque de ellas no emerjan luego responsabilidades sociales y políticas evidentes. Si bien para los medios la audiencia es consumidora y no ciudadana, los mensajes y sus imágenes comprometen percepciones y valoraciones del valor cultural propio y ajeno, borrando los límites que

antes existían entre lo propio y lo extraño. Son la cinta circulante de las transformaciones culturales que venimos describiendo. Pero, quizá uno de los mecanismos de cambio más sorprendentes esté en el proceso de segmentación de públicos, más allá de la mercadotecnia. En la selva de mi país en etnias bastante arraigadas se consume a la vez la música regional emitida por radios locales y música urbana como la salsa gozando inclusive con la locución alegre y picaresca que se presenta, especialmente cuando se es joven. O compartes la afición a un programa televisivo que tus pares culturales rechazan, pero que te sientes interpelado en razón a tu sexo o a la educación escolar que se recibe. La familia ha perdido peso en las construcciones y definiciones culturales desde disfrutes diferenciados de los medios, además de otros componentes. De tal manera que en algunos momentos puedes ser apelado por tu pertenencia a una comunidad local o nacional, pero en la mayoría de ocasiones cada persona es tomada en cuenta según su edad, nivel educativo, sector social, género, intereses laborales o profesionales, gustos musicales, etc. para ser incluido como público de los medios desde diversos frentes culturales. Desde el campo de los medios se producen nuevos reordenamientos culturales a partir de la interpretación individual que luego se comparte, los que permiten ubicarse en diversos lugares o grupos perdiendo centralidad tu propia herencia cultural. Los estilos de vida son ahora importantes en la definición de las nuevas agrupaciones culturales, no son preexistentes sino que se van formando. Una hibridación y mezcla de géneros recoge e influye sobre tales cambios tendiendo a difuminar las fronteras entre un espacio y otro como entre competencias y pertinencias de medios, géneros, disciplinas, formas de conquistar el bien común y la felicidad. Se da lugar a otras narrativas de la vida teniendo peso la dramatización, el humor y el testimonio, muy teñidos de sentidos “espectaculares”. Pero a la vez, tú como sujeto individual eres movable.

Es que la relación entre culturas colectivas e individuales también ha sufrido transformaciones pues se ha hecho sumamente compleja, sin eliminarse unas a otras. Lo cual nos interpela en el conocimiento de la identidad del sujeto cultural y cómo éste se reubica en la política. Cada persona es a la vez única pero dentro de sí guarda diferencias. Las interpe-laciones de la vida moderna le ofrece variedad de interacciones, comportamientos y valores que almacena y procesa de manera desigual. No habría, por lo tanto, unidad preestablecida, estaría mas bien sujeta a los lugares y grupos donde se encuentra, con diferentes aplicaciones de sus propias fronteras de identificación. Chantal Mouffé en ese sentido cuestio-

na la visión homogenizadora del sujeto. “Un individuo aislado puede ser el portador de esta multiplicidad: ser dominante en una relación y estar subordinado en otra. Podremos entonces concebir al agente social como una entidad constituida por un conjunto de *posiciones de sujeto* que no pueden estar nunca totalmente fijadas en un sistema cerrado de diferencias; una entidad constituida por una diversidad de discursos entre los cuales no tiene que haber necesariamente relación, sino un movimiento constante de sobredeterminación y desplazamiento” (Mouffe, 1999: 110).

Verse en los medios significa buscar imágenes diversas de pares, los que suelen ser configurados no necesariamente con respecto a la identidad cultural de carácter étnico sino conforme a otras posiciones que se toman en la participación económica, social y política. Pero a la vez es mirar la propia heterogeneidad identitaria y las responsabilidades políticas que de allí emergen. Al parecer el deseo de vivir juntos desde individualidades no unitarias es hoy una nueva dinámica de agrupación cultural y de acción política que son altamente movilizadoras tomando en cuenta algunos aspectos de las personas pero con otros ejes de circulación personal y colectiva, más allá que las creencias, el idioma o las costumbres.

##### **5. DIVERSIDAD DE CIUDADANOS Y TENDENCIAS EN LA CULTURA POLÍTICA MASSMEDIÁTICA**

Partimos de identificar que para la mayoría de ciudadanos latinoamericanos los medios son la única escena política a la que tienen acceso. Más aún hoy con el deterioro de las instituciones partidarias. Allí conocen y aprenden sobre política y sobre sí mismos. Las comprensiones del Estado, la autoridad y el valor propio se confrontan especialmente con la televisión o con el nuevo espacio gráfico del kiosko que exhibe titulares de aquella prensa escrita en que predomina el tono informativo amarillo. Mediante su apoyo definen simpatías, afinidades y críticas, se enteran de lo que es la democracia y de lo que está bien o mal. En la interacción con ellos aceptan o rechazan a líderes y se involucran o no en el interés público. O por lo menos crean en su imaginario lo que sí es importante distinguiéndolo de lo que no lo es. Es decir, tanto la cotidianidad social y cultural marcada por el consumo de medios les posibilita interpretar lo vivido capturando los sentidos que por allí circulan. No sólo ponen en interacción a los ciudadanos en el quehacer hermeneútico sino que les permite ir formando su propia cultura política, que transita entre lo real y lo simbólico, y entre el uso

de la razón pragmática como la del deseo. Es en esas convergencias que las especificidades propias o comunitarias son activadas en el afán de constituirse como sujetos con determinado poder. Cultura y política están así en un acercamiento e interdependencia altamente significativa a la acción y participación política.

Sin embargo, no todos los ciudadanos son similares, las biografías de vida son totalmente disímiles, es decir la ubicación o situación social en relación a las particularidades históricas configuran un capital cultural básico que se pone en movimiento al leer, ver y escuchar textos de otros haciéndolos suyos o no. Establecen desde esa singularidad conexiones diferenciadas entre su rol de consumidores y de ciudadanos, influyendo en su cultura y comportamientos políticos constantemente. Por ello hoy desde esta perspectiva las culturas son más itinerantes y cambiantes, menos esenciales o ideológicas que antes, más centradas en esas convergencia que da una posición social y cultural y una experiencia de vida marcada por la oferta para el consumo informativo y valorativo. Lo importante es que no podemos seguir tratando a los medios sólo como tales, instrumentales a la política, sino como fuente básica de definiciones ciudadanas, democráticas y de poder. No es posible, por lo tanto, entender a la ciudadanía y a su cultura política por fuera del consumo massmediático. En los estudios y sondeos que venimos realizando desde 1992, además de los análisis cualitativos, fuimos percibiendo una tipología variable de consumidores-ciudadanos (cultura, sector social, formación política) la que podríamos esquematizar como hipótesis y no como verdades, de la siguiente manera:

- **Ciudadanos nómadas y audiovisuales** que establecen distancia frente a la política porque ni les atrae ni les convence su utilidad. Menos aún les fomenta pasión alguna. Más bien están en contra de ella. Los noticieros y la información en general se asume como un barrido de ofertas para saber qué pasa y continuar el recorrido. Pragmatismo y búsqueda de esparcimiento son sus lógicas culturales de vida, las que aplican al campo político. Por ello que escándalos y chismes políticos pueden ser apreciados casi al mismo nivel que los de la farándula, sin que generen aprendizajes democráticos significativos. Generalmente, suelen apreciar el orden y los regímenes fuertes; igualmente la política de obras y no la de cambios más institucionales y estructurales, pues la supervivencia los obliga a esperar beneficios tangibles y en el presente. No recibieron nunca información y formación democrática sólida. Perciben algunos derechos en “el deber ser” pero no siempre se sienten sujetos de derechos en el campo político. El

estado es percibido básicamente como un protector del pueblo y de ellos mismos, es el que suele otorgarles dádivas o respeto a sus prerrogativas. La relación que se logra establecer con el poder es de intercambio en ayudas o favores. Muchos de ellos rechazan la política porque es perversa y corrupta, en la medida que poseen nociones éticas contrapuestas de lo bueno y lo malo. Se auto abstienen por lo tanto de participar en ella a no ser que medie algún beneficio específico. El líder es el caudillo, más aún si es carismático, esperando todo de él sin grandes creencias o entusiasmos, pero si éste no cumple se desengañan automáticamente y cambian de simpatías. Su autoestima en lo político suele ser muy débil y se explica en los aprendizajes de sumisión vividos en diferentes campos de la vida cotidiana, ante las pocas oportunidades tenidas para desarrollarse educativamente y la subvaloración que conlleva el voto electoral obligado. Estar como todos están es una manera de mirar y valorar su propia opinión, es decir apuntan a percibir que forman parte de un conjunto grande de personas, que por lógica serían como un gran recipiente de intereses comunes aparentes. Situación que muchos encuestadores e intérpretes políticos no saben interpretar. El desarraigo político de estos ciudadanos nómades dará respuestas de acuerdo o desacuerdo más ligeros y cambiantes, dependientes del “vox populi”.

Están satisfechos con lo que le ofrecen los medios porque no tienen acceso a parámetros de comparación en otros campos. Suelen aplaudir todo aquello que les satisfaga. La relación oferta-demanda es directa y muy simple, poco exigente. No perciben el derecho a la información como suyo. El montaje del espectáculo forma parte de su sentido de información y de diversión a partir de un clima cultural de comedia y exhibición que se ha ido forjando como parte de su propia identidad cultural. Son los llamados “fans” de artistas o cantantes, cambiantes de afición por su apertura a lo que está de moda y a la novedad. Los políticos se ajustan poco a ese escenario de diversión, sin innovaciones evidentes y significativas. Y que en ese sentido empatan con algunos ejercicios políticos electorales del “me cae bien”, “habrá que ver” o “me tinca que va ir mejor”. Aprecian y requieren emociones fuertes para sentirse vinculados a algo. No son cotidianos seguidores de la prensa menos aún de la escrita, salvo en momentos de crisis, dada su alta cultura audiovisual. En esa línea son muy sensibles al reconocimiento público de su aparición en la escena pública como sujetos específicos y como formas de comunicación propias que se legitiman (el chisme, el melodrama, la risa, la música, la violencia y el triunfo). Están buscando siempre espacios de expresión de sus gustos, del sentido del cuerpo desde

la imagen y la música en movimiento. Es decir esperan representaciones de su propia socialidad y capacidad comunicativa pero están abiertos a la innovación. Curiosamente, los medios que consumen no les ayudan a salir de esa situación pre-democrática en que se encuentran aunque tales ciudadanos sí están abiertos a otras propuestas nuevas de información y formación política audiovisuales, entretenidas, casuísticas, inductivas, más aún si se proyectan nuevas imágenes de sí mismos basadas en el reconocimiento pero apostando a un futuro de progreso. Valoran en extremo el aprender, incluso en el consumo de medios. Si bien ésta no es una categoría rígida, encontramos en esta modalidad a más personas jóvenes y a mujeres de diversa edad, de sectores medios y bajos, con niveles educativos de secundaria no terminada hacia abajo. Sin embargo también hay jóvenes de clases medias y altas con estas características. Estamos ante una definición flexible y fluctuante en lo social y la generación. En el fondo se auto protegen de las carencias sociales que les ha tocado vivir, sin progreso posible. Reclaman la inclusión desde el ámbito del entretenimiento. Y en situaciones laborales o humanas adversas suelen reclamar especialmente bajo el ala protectora de alguna agrupación.

- **Ciudadanos orales, prodemocráticos y de opinión** que son críticos frente a la política pero se interesan en ella. La noticia es su factor de enganche y desde ese punto de partida aprecian las discusiones y debates sobre aconteceres, personajes y decisiones políticas. Les atrae escuchar, comentar y cuestionar. Los problemas concretos los atraen para discutir sobre el país y acerca del poder. Tampoco tienen una formación democrática sólida ni procesos de emancipación individual suficientemente desarrollados en diversos campos de la vida humana, pero sí están más conectados con expectativas de modernidad y cambio. La política puede ser un tema de conversación, pero no necesariamente de análisis intelectual. Anhelan una nación desarrollada, integrada y donde sea posible la convivencia y están dispuestos a protestar o presionar. Son sensibles a sentimientos patrióticos y añoran la idea moderna de estado-nación. Les incomoda la globalización y los poderes extranjeros. Comprenden bien el sentido legal de la justicia y del funcionamiento de la sociedad. Son grandes demandantes de la resolución de problemas sociales. Tienen juicios morales elaborados sobre los comportamientos políticos de líderes e instituciones. Invierten una potente capacidad de uso de su sentido común estirándolo al máximo. Pueden fluctuar entre un apoyo pragmático al autoritarismo cuando no ven otra salida y un aprecio a la democracia especialmente si no genera corrupción y ayuda al desarrollo. Son intuitivamente inconformes y pro-

democráticos. Viven una tensión entre sus intereses individuales o sectoriales y los del país, pero gustarían de una armonía entre ambos aspectos. Pero no poseen canales de expresión de su descontento y de ese capital acumulado de discernimiento cotidiano. Están indignados frente a la corrupción vivida y la aplican con severidad a los medios. Demandan debates interesantes, más aún si tratan sobre casos específicos.

Aprecian la libertad de expresión pero algunos perciben los límites de la propia como ciudadanos. Pero en otros géneros o tipo de programas son más tolerantes, empatando con los gustos y particularidades del primer grupo descrito. Les incomoda el espectáculo noticioso y político exagerado, especialmente cuando no hay explicación, opinión y verdad. Más bien se orientan a darle credibilidad a unos medios y no a otros. Establecen diferencias y uniformidades con cierta precisión. Consumen noticieros y algunos programas políticos, cuando pueden compran periódicos y tratan de entender lo que sucede. Muchos de ellos llaman a las radios para expresar su opinión evidenciando una cultura participativa y una demanda de reconocimiento. Suelen combinar medios y géneros narrativos aunque critican muchas ofertas por grotescas, inmorales o perjudiciales, pero los siguen consumiendo ante una oferta massmediática tan poco diferenciada, especialmente en la televisión. Son orales y audiovisuales, primando lo primero sobre lo segundo (radio y conversación). Comparten la apreciación del espectáculo pero le colocan límites. No pueden aún encontrarle muchas explicaciones a las formas dominantes de montar información ni a la relación que debe existir entre desarrollo y democracia. Pero tienen una alta disposición al aprendizaje. Podemos ubicar aquí a adultos, preferentemente varones, a algunos jóvenes universitarios, de sectores sociales medios y bajos, con formación secundaria o superior.

- **Ciudadanos de derecho, críticos y descontentos** que cuestionan el autoritarismo desde una real apreciación del sistema democrático, aunque no necesariamente desde una perspectiva crítica frente a los problemas de exclusión y desigualdad que vivimos. Es un grupo de múltiples identidades sociales, de género y generacionales. Probablemente tienen en común un nivel educativo más alto que los anteriores. No suelen ser muy participativos pero lo vivido en el país llevó a algunos a organizarse y salir a las calles, cuando los momentos políticos han llegado a su límite. Si bien manejan y comprenden la democracia como estado de derecho, no tienen espacios para debatirla mejor y profundizarla. Son demócratas en general, sin desarrollar diferencias entre unos y otros. Muchos aprecian la democracia

formal y el valor de la libertad, pero no la solidaridad, los cambios culturales y la institucionalidad integral de la sociedad. Por ello, son más enunciativos que analíticos, más exigentes que ambiciosos en los cambios éticos de todo proyecto democrático. Algunos de ellos se creen ya satisfechos con esta formación básica. Otros en cambio están definiendo una actitud de apoyo a la democracia. Sin embargo, son altamente desconfiados del Estado y lo prefieren reducido y sin poder. Pocos piensan y menos discuten sobre el modelo de estado y de sociedad que necesitamos, confían en una tendencia general de la modernidad del mundo que habría que seguir. Mantienen cierto atraso con respecto a la comprensión de la importancia de tener una sociedad civil articulada, a la que temen y frente a la cual se mantienen a distancia. En general domina en ellos el interés privado o particular por sobre el público colectivo. Defienden sus derechos individuales y muchos apuestan a sus propias influencias. Aunque muchos sectores jóvenes tienden a estar no sólo descontentos con la política sino con el tipo de sociedad que les ha tocado vivir. Probablemente en este sector se busque mucho la migración hacia el mundo.

Les preocupa especialmente la televisión y muchos aunque la consumen la cuestionan hasta en exceso. Estuvieron en contra del uso de los medios por el gobierno anterior. Su cultura es escrita aunque también audiovisual. Los periódicos son más leídos que en los casos anteriores aunque sin cotidianidad y van a las temáticas que más les interesa. Suelen seleccionar bien lo que consumen y saben para qué lo hacen. Consumen televisión por cable y cine con cierta frecuencia, adquiriendo así nuevos referentes para definir sus gustos. En el campo del entretenimiento son afines a la cultura del espectáculo pero de origen más americano en unos casos, menos en el europeo. Suelen viajar por el país y en el extranjero, pueden comparar. Valoran la libertad de expresión confundida con la de empresa. Son poco comprensivos de los ciudadanos anteriormente nombrados y en algunos momentos los juzgan de manera intransigente, calificándolos de ignorantes u otras apreciaciones discriminatorias. Se autovvaloran pero no necesariamente lo hacen frente a los demás. Tampoco tienen canales de expresión pública de su descontento y de sus propuestas de cambio en los medios ni les interesa mucho participar. Les cuesta mucho discutir entre diferentes. Su descontento no es de furia como en los casos anteriores, sino de incomodidad o insatisfacción. En este sector ubicamos a ciudadanos de mejor situación económica y de más alto nivel educativo, de diversas edades y sexos. No es sin embargo, un sector de ciudadanos ideologizados sino abiertos a nuevas miradas y valores.

- **Ciudadanos de tribus culturales**, descontentos con todo, pero ansiosos y hasta desesperados por encontrar esperanzas vitales. Muchos jóvenes críticos e irreverentes y algunos adultos también se ubican nadando en medio del escepticismo cultural frente a la sociedad que contagia de ese mismo sentido su propio enganche con la política, marcado por el desprecio. Algo hay de contracultura pero también de producción cultural propia. Su forma de expresión está en la música, los “grafitis”, el espectáculo en la práctica del desenfreno y lo no aceptado, en la búsqueda del riesgo como forma de vida. Su propio cuerpo es una manifestación cultural de rechazo y de cuestionamiento a lo socialmente aceptado. Allí está su poder, fuera de lo establecido. Son ciudadanos altamente comunitarios pues forman siempre grupos entre pares, aunque a veces emigren de una a otra tribu, o participan más fielmente sólo de una. Pero definitivamente están marcados por vivir y reeditar las diferencias frente a lo establecido. No le temen a la violencia porque entienden que la conservan dentro. La democracia es para ellos una mentira. No quieren poder para sí, pero sí lo tienen dentro de sí debido a su constante atrevimiento. Son estos algunos de los contrapúblicos de los que hablaba Nancy Fraser (1997). Valoran la participación pero sin acumular poder pues cuestionan al caudillo de todo tipo, aunque a veces le dan liderazgo a algunos de los suyos por su capacidad de ser como ellos y de trascender o proteger al grupo simultáneamente. Aquí podrían ubicarse grupos alternativos, ciertos sectores feministas o agrupados frente a las libertades sexuales, gente que prefiere salirse de la norma buscando siempre el goce y la expresión por encima de cualquier convencionalismo.

Son altamente críticos frente a los medios. Su propia cultura camina entre los restos del hipismo viviendo el amor libre, la furia revolucionaria de los setenta contra el sistema y la expresión creativa y de siempre para hacerse notar. Presos de ese espíritu desprecian a periodistas y las diferentes propuestas de programación. Es evidente que hay una gama amplia de intensidades bastante heterogénea en estas definiciones culturales. Viven con fuerza y libertad el baile y sus ritmos, empatan con el lenguaje audiovisual. Sin embargo, son altamente expresivos y comunicativos, quieren hacerse sentir. Sin embargo cuestionan el consumismo promovido por los medios masivos de comunicación.

No les interesa necesariamente votar, pero sí cuestionar mediante comportamientos diversos la formalidad política que aprieta a los ciuda-

danos del conjunto. Sueñan con un mundo diferente pero que no se organiza por configuraciones ideológicas. La protesta no les es lejana si se maneja con sus códigos culturales. Han aprendido curiosamente a entender y defender sus derechos a la vida y la libertad. Y están siempre dispuestos, unos más que otros, a ayudar en lo que sí consideran una novedad y que empata con sus preocupaciones y su forma de actuar. El voluntariado, en ese sentido, es sí una forma de convivencia con otros siempre y cuando haya aceptación.

- Habrá muchos ciudadanos que comparten algunos aspectos de una tendencia u otra. Hay quienes no están en ninguna de las señaladas, por ejemplo quienes se ubican en una “cultura culta” más intelectual y esteticista o quienes tienen una postura radicalmente crítica frente a la política y a los medios o a ambos desde perspectivas ideológicas. Y comparten con todos los demás el descontento aunque sea de diferente estilo. Nos estamos refiriendo por lo tanto a las tendencias más comunes y a los que ya viven una interacción intensa y profunda entre política, cultura y medios, desde diferentes apreciaciones culturales que encajan cómoda o incómodamente frente al poder político.

Hay evidentemente características comunes, como la autoprotección frente a una política que les genera rechazo o que cuestiona porque la quieren mejor. Conviven inclusive ambigüedades éticas como aquellas comprensiones del estado al que le piden todo y no le exigen mucho como gobernantes. Ese estado que parece ser un botín cuando estás tú dentro o algún familiar. Y la demanda de reconocimiento está bastante generalizada. Los diálogos culturales casi son negados entre unos y otros.

## **6. ENTRE EL DEBER SER MODERNO Y EL MUNDO PRAGMÁTICO DE ENCONTRAR UN LUGAR, MÁS OPINIÓN QUE INFORMACIÓN**

Los sondeos y la investigación cualitativa, realizados por diversas instituciones y empresas, revelan a un ciudadano que sabe perfectamente cómo debiera ser y cómo tendría que ser el mundo, aunque no esté provisto de mucha información o argumentación al respecto. La modernidad llegó desde la posibilidad de insertarse en ella, no necesariamente desde su realización, conviviendo el acomodo con el cuestionamiento a la realidad y sus desajustes. Fue interesante, por ejemplo, indagar sobre la equidad de género en estudios de opinión pública, ampliamente aceptada por la pobla-

ción. Cuando se les pregunta quiénes deben asumir tareas domésticas y públicas es apoteósico el ideal de compartir y ser iguales; pero cuando esa misma pregunta aterriza e interroga sobre su propia vida cotidiana, la lógica cambia (Calandria, 1997: 11): no hay equidad y se afirma que los datos estadísticos de violencia familiar son ciertos. Peor aún, hay quienes no aceptan la no violencia contra la mujer, sólo en principio, porque sostienen que en el caso de malos comportamientos de la mujer, como por ejemplo la infidelidad, ella sí merece el golpe (Calandria, 1997: 11). En muchos casos también notamos la complicidad de muchos con la publicidad y las imágenes de mujer que proyectan (Calandria, 1997b: 22-23). Igualmente sucede cuando la mayoría estaría a favor de las mujeres en la vida política incluyendo la presidencia, calificándolas como capacitadas y honestas, incluso están a favor mayoritariamente de la ley de cuotas (Calandria, 2000a: 21-24). Sin embargo cuando se enfrentan a aspirantes precisas la opinión toma otro rumbo y un gran sector ciudadano no vota por ellas cuando las candidaturas masculinas dominan (Calandria, 1998a). O sí se las asume en algunos cargos pero no en los presidenciales (Calandria, 1998b:5). Ello acrecienta imaginarios pero no necesariamente ayudan a transformar la vida cotidiana propia, menos aún la de todos. La idea de sociedad colectiva en ese panorama es casi un imposible. Sin embargo no sólo se la admira sino que se producen apropiaciones particulares en una suerte de ensalada cultural, que algunos llamarían postmoderna.

El estado sigue siendo predominante en la comprensión de la sociedad aunque hay evoluciones desde 1997 cuando no se reconocía a la sociedad civil menos aún su importancia en el quehacer de las políticas (Calandria, 1997). Hoy existen mayores conocimientos al respecto. Pero las brechas de comprensión de la complejidad económico social se vislumbran poco en la política. Al preguntarles sobre las influencias políticas de los diferentes actores, la propia ciudadanía está muy mal destacada. Hay quienes por ejemplo en ese momento se reconocían como parte del Estado, pero los temas de conversación entre la gente no eran los políticos sino los sociales. En ese sentido si bien hay un descentramiento de la política hacia otros campos de la atención, la tendencia noticiosa e informativa sigue dándole importancia al estado, aunque sea desde su desacralización desde el chisme privado y el escándalo. Hoy día se habla más de las autoridades que del Estado, a los propios medios se les ven dependientes de ellas. Porque el Estado está cada vez más en los confines de la vida propia. El orden no es un resultado de la convivencia sino tarea impuesta desde fuera de la ciudadanía. La culpabilidad está en el Estado y se espera todo de él, a pesar

que la furia colectiva contra ellos es evidente y altamente explosiva. Muchas protestas callejeras tiene ese tinte de búsqueda de la dádiva y del paternalismo estatal. Unos se sienten ciudadanos, otros aún pobladores y los deberes son entendidos como sanciones normativas, no como actos de responsabilidad con el país. La marcha es la máxima expresión ciudadana muy por encima de la recolección de firmas, de las denuncias a través de medios o reclamos a través de organizaciones (Calandria, 1998c), lo que hablarían poca confianza en hacer respetar los derechos individuales desde cada ciudadano. En general notamos que la democracia está asociada al desarrollo social. Si no cambia la vida de la gente pierde sentido la democracia. Es decir en las valoraciones de los sujetos de la democracia ésta es aún sólo un sistema de gobierno, no es una identidad ni una comunidad ética que sabe y aprende a convivir. En ese sentido, en los países andinos especialmente el llamado proyecto neoliberal no ha calado en los ciudadanos, muchos de los cuales se oponen a las privatizaciones con el argumento nacionalista a cuestas. Quieren vigilar al Estado (Calandria, 2001a: 21), pero los medios lo hacen por ellos. La impotencia nos habita culturalmente y no sabemos cómo procesarla. No se sienten influyentes sino solo lo son las autoridades locales y dirigentes. Pero paradójicamente, los líderes políticos poco les importarían (Calandria, 2001a: 45). Es decir la apuesta al Estado está hecha a la vez de todo y nada. Debemos también anotar que esta opinión pública es sumamente variable en nuestros países, transita por los vaivenes de la noticia o el acontecimiento político que llame más la atención. Hasta los temas más continuos señalados como de prioridad tiene un giro. Por ejemplo, mientras que la principal demanda actual se centra en el empleo y los salarios, hace tres años era mejorar la capacidad productiva del país (58.4%) (Calandria, 2001b: 16).

El político expresa tal desavenencia pues cuando adquiere el poder se aleja aún más de una nueva modernidad y se instala en la barbarie, en lo único que le queda por hacer, ganar frutos para sí. No somos sólo hijos de una modernidad tardía sino de otra altamente desigual, la que es juzgada desde una posición tradicional, fruto de una contraposición dicotómica entre lo bueno y lo malo. Quizá nuestro mundo sensible lo sea, pero frente a la realidad concreta se juzga sin admitir la incertidumbre. Todo ello nos habla de un ciudadano impotente pues mira la modernidad y la añora pero está al frente de la misma, no compromete el poder hacer-se de otra manera, tal como figura en los discursos de los derechos humanos y del progreso. Ciudadano que le es difícil ubicarse en la política. Pero sabe cómo comportarse según situaciones. Una política de información descriptiva en los

medios que no conecta sentimiento con argumentación, información con opinión, no ayuda a ubicarse y comprender.

Para muchos ciudadanos la corrupción está en todas partes. 51% dice que todos somos corruptibles y 65% que los políticos también lo son (Calandria, 2001c). Es decir ésta no se encuentra lejos sino cerca de cada uno. En muchos casos puede hasta ser una oportunidad del despegue económico privado o personal. En una última encuesta realizado por la institución Proética, mucha gente justifica la corrupción y la perdona. Hay un 30% que estaría dispuesto a votar por el político más corrupto de la historia, lo mismo que sucedía en Argentina en las últimas elecciones. Estamos ante ciudadanías culturales altamente flexibles y permisibles que son el resultado de tales incongruencias. Se está frente a un mundo futuro más justo y equitativo, sin guerras ni corrupción, pero que no es para nosotros los latinoamericanos y estamos aún muy lejos de alcanzarlo. La alta migración hacia los lugares reales de la modernidad es evidente. La disyuntiva entre ser del país o de una comunidad cultural y ser del mundo de alguna manera significan conflictos.

La desazón frente a la política y los políticos ha tendido a aumentar en casi todos los países. Es como si se hubiese suspendido el proceso de integración al modelo democrático de la sociedad. En el Perú ya en el 2002 percibimos desengaños y hasta furias colectivas, explicables en parte porque era posible quejarse, porque hubo un crecimiento de la oposición y los medios intensificaron los aspectos de denuncia más altos de nuestra historia, dejando de lado muchas informaciones que hablaban de una reconstrucción del país. Las encuestas que se publican hoy en los periódicos dan la impresión que la desazón crece y con ella se agradan las distancias entre ciudadanos y políticos. Y efectivamente, si sólo se presenta lo que está mal estamos ante una vorágine imparable. Aparentemente, en ese contexto la democracia se ve cuestionada, más aún cuando nunca tuvo un arraigo significativo en la cultura política de los peruanos y de muchos países latinoamericanos. Lo mismo sucede en Bolivia y en muchos países sudamericanos, centroamericanos y caribeños.

Entonces, cabe preguntarse cuál es el rol democratizador de los medios en el corazón de tales realidades subjetivas. Desde la gente, la radio y la prensa local permite conocer la actualidad política local y regional mientras que la televisión nacional o lo que ocurre en las grandes urbes (Calandria, 1998c: 5-13). La prensa nacional en cambio se abre al mundo.

En países como Colombia es la radio un referente político importante y más integral. A pesar que tales medios tienen más credibilidad en algunos países que otros están sufriendo un evidente deterioro. Pero lo que está mal no son los medios exclusivamente sino la propia relación entre medios y política es ahora poco clara. A los medios se les pide objetividad y crítica (Calandria, 1998c: 32) pero también que hagan pensar. Todos están por la participación ciudadana en los medios, pero pocos ejercen ese derecho. Están cerca y están lejos a la vez (Calandria, 1998c: 33).

La demanda informativa es alta y desde ella se constituye una crítica a los medios especialmente en la época de Fujimori. La ciudadanía se daba cuenta que en el 2000 la información no era transparente (64%), especialmente aquellos que no habían decidido su voto por Fujimori (Calandria, 2000b: 3) acusándola de imparcial. Lo que indica que cuando se desarrollan posiciones políticas por endeble que sean, la gente es más susceptible a la crítica. Se observa el favoritismo. Se valora el debate pero no se sabe cómo es. Es entendido como confrontación y pelea, incluso como contiendas personales. Por ello se anhela un gobierno transparente que informe continuamente sobre su trabajo y sus problemas (50%) (Calandria, 2001b: 17). Por eso se piden soluciones rápidas porque no están informados sobre lo que cuesta un cambio tan significativo. Muy poca gente (13.4%) sabe de las mesas de concertación y diálogo en los gobiernos locales (Calandria, 2001a: 15) pero al explicarse qué son muestran su satisfacción. Muchos tampoco tienen una idea clara de la sociedad civil, pero sí saben del Congreso y del Presidente del Ejecutivo. Cuando se pregunta sobre los ministros con nombre y apellido no saben sus nombres sin embargo cuando las encuestas les solicitan valoración de ministros casi todos responden. Vacíos que pueden estar repletos de emociones o de opiniones generales que le sirven para adecuarse a toda situación. No les es fácil conectar información con opinión. El ser constantemente interpelado por las encuestas y por la publicación casi semanal de sus resultados, ha ido generando un referente cultural del quehacer político como objeto de consumo que sirve para orientar su propia opinión como bien lo afirma Noelle-Neumann (1995). Ello ha ido generando una ecuación simple. La información no es relevante porque no permite comprender, no explica el funcionamiento de la realidad, se ahoga en los detalles. En ese camino, opinar es quizá más importante que votar y participar, es hacerse sujeto político desde una opinión que no se nutre de información y que va comprobando que no la necesita. La opinión se ha convertido en un valor social que legitima a la ciudadanía y la expresa, a pesar de sus frívolas trampas esta-

dísticas y de interrogaciones, pues no se busca desde ellas el disenso sino el consenso y la homogeneidad. Nos estamos convirtiendo en sociedades de opinión.

Curiosamente si bien se tiene una opinión crítica frente a los medios y a la vez se sienten cercanos a ellos, sí hay una demanda de cambio en los medios que es altamente exigente, pidiéndose la regulación de los mismos (ver Alfaro, 2003b). Es decir no sólo hay descontento, se maneja bien la oferta especialmente audiovisual. Se valora lo objetivo y lo plural. Pero los vínculos no son sólidos sino más bien sigue la lógica del mercado y no precisamente la de la identificación. En lo político se considera que la información que se ofrece es confusa. La propia gente no valora las franjas electorales (Calandria, 2001d: 14) porque no se acepta que la clase política tenga tales beneficios.

## **7. CIUDADANÍAS DESORIENTADAS EN UN ESCENARIO CULTURAL SIN DIÁLOGO: AUSENCIA DE LIDERAZGOS EN SOCIEDAD CIVIL, MEDIOS Y ESTADO**

Se suele entender como el conjunto de instituciones y organizaciones sin fines de lucro, las llamadas organizaciones no gubernamentales. Esta acepción tiene tres peligros. Uno primero que aparece indefinida, como una superposición desarticulada y en desorden de institucionalidades, cuya identidad es imprecisa, como si fuera todo lo que no cabe dentro de una formulación política tradicional. El segundo que remarca más bien su papel social, distanciándolo del político, identificada como aquello opuesto al estado y como dotada de inocencia y sentido ético como contraposición a lo político y al mercado. Otro tercero que separa a los sectores organizados de la ciudadanía común y corriente quitándole su valor de representación y comunicación con los sectores más amplios. También existe una discusión acerca de las empresas, si forman parte de la sociedad civil o no.

Preferimos pensar a la sociedad civil más como una fuerza articuladora que genera otros protagonismos en la vida política del país, a partir de sus quehaceres e inversiones sociales y de su relación con la ciudadanía. No es un ente o una entidad asible, sino más bien un conjunto de movimientos e instituciones que se hace cargo de la vida social y su incidencia

en la política. Relación que no se construye desde la representación sino desde el conocimiento programático del país y de los diferentes actores, a partir de su experiencia de acción. En ella está y se debe producir constantemente una voluntad de cambio y de resolución de problemas que afectan a las mayorías y al conjunto. Es el espacio donde se unen fuerzas sociales y saberes profesionales diferenciados. Está íntimamente relacionada con actores colectivos e individuales, en los campos económicos, culturales y de las solidaridades básicas. Sería el capital motor del país que no ignora al estado sino que puede dialogar con él, crítica y propositivamente. Viene promocionando el desarrollo en el país y se deben a la generación de intereses comunes, es decir está íntimamente comprometida con una función pública. Desde ella será posible establecer bancos de iniciativas, debidamente sustentadas para proponerlas al estado y a la empresa privada o conducir proyectos para ser evaluados y apropiados por otros. Por lo tanto, es factor real y simbólico de acumulación de fuerzas, educación y conocimiento en pro de salidas concretas locales y nacionales, pensadas no desde el poder político sino desde las demandas de la sociedad. Por ello, que su relación directa con la ciudadanía es clave. Y “tiene un vital significado adicional, que es la posibilidad de convertirse en una esfera no estatal que incluya una serie de esferas públicas, unidades productivas, domésticas, organizaciones de ayuda mutua y servicios basados en la comunidad, que están legalmente garantizados y se autoorganizan” (Keane, 1992: 33). Las que al articularse pueden constituirse una fuerza política que define problemas, opina, propone y asume liderazgos, admitiendo su diversidad conformativa.

En la idea de democracia deliberativa y participativa, el Estado y la Sociedad Civil se encuentran, “se superponen parcialmente, dando lugar a una intersección que representa el espacio público de la participación. (...) Esta coincidencia de intereses y disposiciones implica desde la sociedad civil, que los gobernados reivindican su derecho a participar en la búsqueda de soluciones a los problemas sociales mediante la deliberación, y desde el Estado que refleja la expresión de una actitud realista y modesta, tanto para reconocer la insuficiencia de recursos para satisfacer las expectativas como el aceptar el concurso y la ayuda ciudadana en esta difícil tarea” (Murillo y Pizano, 1999: 125-126). Esa intersección nutre la idea de vigilancia ciudadana en el marco de la relación entre sociedad civil y estado. Y subraya que es imposible entender a la sociedad civil por sí misma, cumple su rol en la medida que se compromete con la ciudadanía.

Sin embargo, en nuestros países la sociedad civil está aún muy fragmentada, cuyo aislamiento tiende a ser constitutivo en muchos casos, aunque hay avances de cambio en los últimos tiempos sin dejar de lado competencias oscuras y hasta desleales que se requiere trascender. Se configuran así estados y gobiernos cuyo poder se ejercita sin el contrapeso de una organización ciudadana individualizada ni con instituciones plurales articuladas de relativa energía, solidez y compromiso democrático más allá de sus linderos. En algunos políticos hay desconfianzas acumuladas contra ella, porque la imaginan suplantando sus propios roles. El énfasis en la vigilancia ciudadana de la gestión pública desde la sociedad civil ha creado resquemores en quienes tienen el poder político. Partidos y autoridades no comprenden aún la importancia de la sociedad civil en la democracia de nuestros países, menos aún la urgencia de reformar al Estado buscando una identidad y una función apropiada para países en vías de desarrollo como los nuestros y con problemas de desigualdad tan relevantes. Incluso se opone la democracia participativa a la representativa sin buscar su complementariedad. La empresa privada si bien está construyendo articulaciones con la sociedad civil, ésta es aún incipiente. Muchos empresarios la desconocen o le guardan temor. Las organizaciones no gubernamentales han cometido el error de señalar sentidos representativos de su propia identidad, explicando y abarcando desde sí mismas a toda la sociedad civil o han adquirido un liderazgo poco consensuado. Su presencia a nivel mundial es más importante y dice mejor de su utilidad que desde el propio país, que como ya hemos visto se sostiene en un panorama que es altamente conflictivo.

En los últimos tiempos la sociedad civil como formulación aparece en la esfera pública. El Congreso de la República en su reglamento admite la participación de la sociedad civil en las diferentes comisiones y se están dando pasos significativos al respecto. Hay comisiones nombradas por el Ejecutivo que la incorporan de manera significativa, inclusive reconocen el trabajo realizado, como por ejemplo en el campo de los derechos humanos. Incontables eventos realizados sobre los principales problemas del país han dado cuenta de una voluntad política de la sociedad civil por ser protagonista, lo que significa un fenómeno nuevo en el país. Sin embargo, tales avances no repercuten en su articulación interna pues la relación con la ciudadanía sigue siendo un lastre.

No podemos entenderla simplemente como un gran foro de las sociedades modernas donde los ciudadanos deliberan sus problemas, en in-

teracción discursiva, sin tomar en cuenta que los excluidos debieran estar presentes. Ni tampoco la fragmentación social existente podría hacernos imaginar grandes lugares equilibrados donde esa deliberación ocurra. Ni los sujetos son iguales, ni los públicos tampoco, estamos más bien ante la posibilidad de estar presenciando múltiples foros donde ya se discute de manera dispersa los asuntos públicos y se establecen posiciones generalmente pragmáticas, al faltarles comprensiones macro y referencias de proyectos sociales nuevos. En una perspectiva alternativa, se trataría más bien de articular redes de públicos y esferas discutiendo y decidiendo sobre su destino inmediato y sobre los del conjunto, dentro de un proceso de acumulación de poder y un conjunto de aprendizajes. Poner en evidencia las desigualdades, combinar esferas, interactuar públicos y contrapúblicos, los débiles con los fuertes, son nuevas vocaciones políticas aún no armadas y asentadas, en la que los medios no siempre desean comprometerse, salvo algunos diarios de diferentes países.

El Estado sigue apareciendo como un botín del cual hay que conseguir lo que se puede. Visión pragmática de la subsistencia sin perspectiva ética. Los intereses particulares sin consensos ni intereses comunes y en confrontación prevalecen como en el caso venezolano. Un ciudadano desconcertado, requerido de representación más simbólica y cultural, no tiene un lugar público sino como víctima social. La docencia que le corresponde frente a su ciudadanía no existe. La desigualdad que no permite sus propias transformaciones se exhibe en los medios del Estado casi como costumbre informativa. La ausencia de partidos y de comunidades políticas afecta a muchos países y al ciudadano común, en la medida que los primeros están confrontados en una guerra por ganar el poder y no precisamente por conquistarlo con la ciudadanía y su sociedad civil. Entre las pugnas y las ausencias comunicativas no hay diálogo ni relaciones de confianza entre Estado, sociedad civil y ciudadanía. Aún se cree que el problema se resuelve con una política de imagen o de buenos acuerdos entre medios y gobierno. Todos sabemos que esta percepción es especialmente simplificadora e instrumental, pues elimina el ejercicio deliberativo, la información transparente y la reorganización del Estado con respecto a la comunicación con su ciudadanía.

Nuestros medios de comunicación cuya ubicuidad transita entre el poder gubernamental y esa ciudadanía más dispersa y desorientada, cuyas representaciones sectoriales y simbólicas caminan espontánea y parceladamente, no han desarrollado la capacidad de interpretar y ayudar a siste-

matizar los diversos intereses existentes. Ni siquiera conocen a sus públicos en tanto ciudadanos y las culturas políticas que los sostienen o detienen. Peor aún, entre el marcapaso de la noticia coyuntural y un centramiento en los actores políticos oficiales, no se posibilita una construcción consensual o acordada de lo que nos es común. El sentido de pertenencia de los ciudadanos a la sociedad se adelgaza cada vez más, como lo hemos venido sosteniendo, a tal punto que ya no importa quién sea el presidente elegido o el programa de gobierno que aplique, sólo se esperan resultados sociales. Hay mucha desesperanza, descrédito y abulia política. De esa manera, todo es de nadie, excepto de los gobernantes. Y lamentablemente la propia sociedad civil es proyectada en los medios desde sus expertos y no necesariamente desde los cambios y proyectos que trabajan. Es decir se individualiza y tecnifica su participación.

En medio de la crisis de las instituciones políticas, los medios han permitido que exista una relación subterránea y hasta excesiva entre políticos y medios (Calandria, 2002), pues a través de ellos es que el poder se hace visible o no ante la ciudadanía definiendo la existencia y los sentidos democráticos que se están implementando. La problemática social que adquiere legitimación se da cita en imágenes y sonidos. La gente aprende sobre sus derechos desde casos y conflictos que observa, lee y oye en los medios. Las culturas políticas se configuran entre noticias, opinión y en comparación con la vida propia de cada cual. La centralidad que ocupan los medios hoy en la construcción de la política y en la viabilidad del ejercicio democrático, los sitúa en un campo altamente estratégico y por lo tanto riesgoso. Forman parte de las definiciones hegemónicas en la sociedad, en una continua reorganización de la política y la sociedad, reflejada en la forma como los medios configuran sus ofertas comunicativas. Pero, es especialmente en la repercusión que éstos medios tienen en los sujetos ciudadanos lo que nos preocupa. Pues ellos se nutren de esas representaciones para formarse a sí mismos como miembros de la comunidad política y social en la que están involucrados de una manera u otra. De allí la importancia de examinar el papel de la radio en esa perspectiva.

Con respecto a la ciudadanía, la comunicación tampoco es buena. Por ejemplo, las mesas de concertación que han surgido en muchos países y que evidentemente corresponde a un esfuerzo por articularse entre organizaciones y con el Estado, no necesariamente tienen la confianza de la población. Los vínculos y el diálogo abierto y vital aún no han sido fundados. No ayudan a comprender mejor las soluciones y estrategias para re-

solver problemas. La cultura política de los ciudadanos no se enriquece con esta comprensión más amplia y compleja de la sociedad, distanciándose y desconfiando de los cambios que se implementan desde la sociedad civil y desde el Estado. Muchos ni siquiera están enterados que estos esfuerzos se están dando pues no tienen visibilidad desde los medios. Por ello, notamos tanto desconocimiento y desconfianza de la democracia institucional y su sentido. La preeminencia del factor autoritario en el gran caudillo y la relación populista, reproducida por autoridades y medios sigue presente en unos países más que en otros. La crítica con pasividad en la proposición se reproduce tomando la forma de batalla. La palabra y la participación es queja y demanda de ayuda específica, no se piensa en el proyecto país, aunque se anhela que aparezca. Los ciudadanos como podemos observar se debaten en un gran estancamiento, sin progreso democratizador. Y claro, la escuela y otras instituciones como los partidos, cuya labor asignada por la modernidad democrática fue formar ciudadanos ha tendido a colapsar. La política vinculada al espectáculo y la imagen ha desestabilizado su articulación con la argumentación y el debate. Los ciudadanos vuelven su mirada hacia los medios como caminos posibles de reconstrucción de su importancia pública, pero sin tener definida una opción política ni el uso de su propia palabra. Las naciones como comunidad han pasado a ser argumento romántico de nacionalismos sin sentido emancipador, o un recurso de apaciguamiento colectivo en momentos de crisis política, o de incentivo a la rebeldía según los intereses comprometidos.

A la vez, surgen movimientos ciudadanos y protestas callejeras, en defensa de la democracia, los derechos humanos y especialmente las demandas sociales ante un presente de futuro incierto. Pero también aparecen en momentos y frente a problemas que exigen cambios más grandes como por ejemplo con respecto a la privatización de las empresas estatales o la mala conducción de un mandatario basado en la corrupción. Son irrupciones populares que ocurrieron y seguirán presentes, como en Ecuador, Perú, Argentina y Bolivia. Éstos configuran una relación crítica de convulsión social con las autoridades pero que aún no logra organizarse políticamente para influir con continuidad, no llegando a mantener una interlocución con el ciudadano común y corriente en un sentido más de proposición. Sin embargo, es un clamor que dice ¡Basta! Y que corresponde a momentos de agudización de conflictos y de incremento de comportamientos de confrontación los que merecieron cambios de gobernantes en todos los casos. La comunicación tuvo un papel decisivo en la construcción informativa de tales explosiones participativas. Pero lo más significativo es

que tales movimientos reflejan no sólo un espíritu de rebelión basado en sentimientos de indignación frente las condiciones de vida de la gente y el comportamiento de las autoridades, sino “que ya no podemos seguir hablando de -en sentido estricto- de movimientos sociales, caracterizados por la alternancia de periodos de movilización y de quietud, sino que estamos viendo el nacimiento de *sociedades en movimiento* o sociedades movilizadas” (Zibechi: 2)<sup>3</sup>.

¿Cuál es entonces el nuevo papel de los medios y de la radio en especial en este contexto?, ¿cómo representar estas sociedades en movimiento para que puedan realmente expresarse y avanzar?, ¿se trata de visibilizar la queja aislada y particular, solamente?, ¿cómo recomponer nuestra pasión por la democracia convirtiéndola en fortaleza y no sólo en recurso movilizador del momento?, ¿cómo acercar el sentido de justicia al de participación?, ¿cómo re trabajar juntos los vínculos sociales y nuevas nociones de comunidad que emancipen y liberen al individuo aprendiendo a vivir en solidaridad?, ¿no tendría la radio que jugar un rol de tejedora de reflexiones y certezas, de organización de las dudas, de redefinición de lo que debe ser la política, de intercambio de palabras que configuren nuevas comunidades de interpretación e influencia?, ¿cómo eslabonar la vida política con un proyecto cultural democrático? Pero, estas preguntas no están aún colocadas.

## **8. ENTRE CIUDADANÍAS IRRITADAS Y DE OPOSICIÓN FRENTE A TENDENCIAS PRIVATIZADORAS DE LA SOCIEDAD**

El descontento frente a la política es tan generalizado que evidentemente tendríamos que repensar el modelo democrático para que estos procesos de furia y de irritación colectiva tengan uno o varios espacios de expresión y procesamiento de las mismas, que no existen. Las estrategias educativas deben situarse allí y la información debe nutrir estos nuevos espacios de diálogo. Pues no hay participación ciudadana válida si no se asienta en procesos de aprendizaje desde la comunicación. Hoy los foros ciudadanos se han trasladado a las casas, los bares, o la conversación privada. El “nosotros” es casi un imposible pues para muchos se trata más bien de dividir y batallar. Y de esa ausencia es que se nutren las explosio-

---

<sup>3</sup> Periodista que asocia lo ocurrido con reflexiones de Sydney Tarrow quien ha definido los ciclos de protesta.

nes sociales porque el ciudadano se da cuenta que no tiene palabra pública, que no es escuchado, que requiere de esa visibilidad que no se la otorgan, que necesita poder político en diálogo con el poder. La participación ciudadana todavía suele ocurrir en lugares y medios donde no son escuchados por todos, ni tienen influencia para generar cambios. Tampoco el modelo formal de democracia da pie para que la sociedad genere diálogos y se enriquezca políticamente de ellos.

Pero quizá el contexto más preocupante sea la tendencia a la privatización de la vida social y política en una corriente de desbande individualista ante la ausencia de una institucionalidad más corporativa hacia fuera, es decir hacia sus ciudadanos. Tendencia que no corresponde a la demanda de participación incluyente que existe en algunos países, sin embargo ambas se complementan. El informe de “Desarrollo Humano en Chile: nosotros los chilenos: un desafío cultural” (PNUD, 2002), muestra la debilidad de los nuevos imaginarios culturales frente al “nosotros”, como sujeto de conjunto de un país. El que se explica en la tendencia organizativa de la sociedad donde la prioridad no está en ser comunidad como tarea colectiva y la evidente desvinculación entre los diversos actores. “Existiría una identidad nacional, por supuesto, pero que parece vaciada de toda experiencia de sociedad” (PNUD, 2002: 33). Todos los países latinoamericanos sufrimos de tal problema aunque de diferente manera. Por ejemplo nos hemos negado el derecho a vernos a nosotros mismos y reconocer quiénes somos y dónde estamos y qué podemos hacer. “Pues en Chile, para la mayoría de las personas, los referentes colectivos –los sentidos y símbolos que constituían lo chileno- han dejado de ser verosímiles” (PNUD, 2002: 49). Reconstituir la cultura de un país que quiere salir adelante en la perspectiva de un desarrollo humano debiera mirar hacia dentro y lo que está ocurriendo.

El desafío cultural es en ese sentido altamente significativo para la transformación política y la democratización de nuestros países y para la generación de nuevas políticas comunicativas deliberativas e incluyentes. Fortalecer los vínculos de un “nosotros” que no es homogéneo sino que admite la diferencia pero no la desigualdad, supone un papel mediático inserto en un nuevo proyecto cultural que aún no somos capaces de construir. La comunicación adquiere en ese sentido también un nuevo desafío y un replanteamiento no sólo de sus discursos sino de la relación que establece con sus consumidores que son ciudadanos de una democracia ética por construir, entre todos. Los vínculos sociales y culturales están para ser

fundados y convertirlos en capital político reconstructivo de la sociedad. En ese sentido las prédicas políticas e intelectuales no sirven, sino que debemos ubicar esta tarea como un nuevo quehacer colectivo.

## BIBLIOGRAFÍA

ALFARO, Rosa María (1986): *De la conquista de la ciudad a la apropiación de la palabra*. Lima: Calandria / Tarea.

ALFARO, Rosa María, PINILLA, Helena, TELLEZ Rubén y GOGIN, Gina (1990): *Cultura de masas y cultura popular en la radio peruana*. Lima: Calandria / Tarea.

ALFARO, Rosa María (1997): *Escenografías para el diálogo*. Lima: Calandria / CEAAL.

ALFARO, Rosa María (2001): “Metaformosis de lo público desde las identidades de género, el caso de la participación política de las mujeres” en *Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos*. Bogotá: CEJA.

ALFARO, Rosa María (2003a): *Ciudadanos de a de veras. Una propuesta de vigilancia de la gestión pública desde un enfoque comunicacional*. Lima: Calandria (2ª edición).

ALFARO, Rosa María (2003b): “Ya no más basura. Ciudadanía exige regulación y medios de comunicación que nos ayuden a desarrollar”, en *Hecha la trampa hay que instaurar la ley*. Lima: Veeduría Ciudadana de la comunicación Social / British Council.

BLONDET, Cecilia, DEGREGORI, Carlos Iván y LYNCH, Nicolás (1986): *Conquistadores de un Nuevo Mundo. De invasores a ciudadanos de un nuevo mundo*. Lima: IEP.

BRUNNER, José Joaquín: *Cartografías de la modernidad*. Santiago de Chile: Dolmen.

CALANDRIA (1997a): *Modernidades discursivas e inequidades de género*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (1997b): *Descifrando enigmas. Responsabilidades privadas y públicas del varón y la mujer*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (1997c): *¿Hacia un estado neoliberal? Comprensiones y valoraciones de la población sobre los cambios del Estado*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (1998a): *De igual a igual. Tiempos para la mujer en la política*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (1998b): *La política sí es cosa de mujeres*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (1998c): *La democracia también se hace con los medios*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (2000a): *Buscando la equidad en el Congreso*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (2000b): *Deficiencia informativa y debilidad democrática. Medios de comunicación y proceso electoral*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (2001a): *Vigilar para conquistar la democracia*. Lima: Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social / Calandria.

CALANDRIA (2001b): *Una transición incierta hacia el futuro*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (2001c): *Independencia y calidad comunicativa de los medios*. Lima: Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social / Calandria.

CALANDRIA (2001d): *Los medios en la segunda vuelta*. Lima: Calandria.

CALANDRIA (2002): *Una Televisión Parcializada. Hacia una regulación que garantice la libertad de expresión y el derecho ciudadano a una información de calidad*. Lima: Veeduría ciudadana de la comunicación social.

CORTINA, Adela (1977): *Ciudadanos del Mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza.

EQUIPO DE DESARROLLO HUMANO DE CHILE (2002): *Nosotros los chilenos: un desafío cultural. Informe 2002 del programa de Naciones Unidas para el Desarrollo*. Santiago de Chile: PNUD.

FRASER, Nancy (1997): *"Iustitia Interrupta". Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá: Siglo del Hombre / Universidad de los Andes.

GARCIA CANCLINI, Néstor (1989): *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

KEANE, John (1992): *Democracia y Sociedad Civil*. Madrid: Alianza.

- MARTÍN SERRANO, Manuel (1978): *La mediación social*. Madrid: Akal (2ª ed.).
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (dir.) (1988): *Estudios sobre culturas contemporáneas*. Volumen II, números 4-5, febrero de 1988. México: Universidad de Colima.
- MIRALLES, Ana María (2000): “¿Y dónde está lo público? Una aproximación desde el periodismo cívico”, en *Una idea de periodismo público*. Medellín: Voces Ciudadanas / Universidad Pontificia Bolivariana, pp. 53-64.
- MOUFFE, Chantal (1999): *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- MURILLO CASTAÑO, Gabriel y PIZANO ROJAS, Lariza (1999): “La democracia participativa en la encrucijada: el caso colombiano”, en *Una cultura para la democracia en América Latina*. México: UNESCO / Fondo de Cultura Económica.
- NOELLE-NEWMANN, Elisabeth (1995): *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. Barcelona: Paidós.
- OROZCO, Guillermo (1996): *Televisión y audiencias: Un enfoque cualitativo*. Madrid: Ediciones La Torre / Universidad Iberoamericana.
- ORTIZ, Renato (1997): *Mundialización y cultura*. Buenos Aires: Alianza.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (2002): *Informe del año 2002*. Santiago de Chile.
- RAWLS, John (1997): *Sobre las libertades*. Barcelona: Paidós / I.C.E -U.A.B.
- REY, Germán (1998): *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*. Bogotá: Cerec / Fundación Social / Fescol.
- SARTORI, Giovanni (1994): “¿Qué es la democracia?”. Colombia: Altamir, pp. 23-24.
- TOURAINÉ, Alain (1998): *¿Qué es la democracia?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ZIBECHI, Raúl: “Medios de comunicación y movimientos sociales”, *La Iniciativa de Comunicación*, <http://comminit.com/la>

**PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:**

ALFARO MORENO, Rosa María (2008): “Ciudadanos y culturas mediáticas: ocultos en la formalidad democrática”, *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 3, segundo semestre de 2008, pp. 351-391. ISSN electrónico: 1989-0494. Universidad Complutense de Madrid.

Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>

**(\*) La autora**

Rosa María Alfaro Moreno es licenciada con estudios de doctorado en educación aplicada luego al campo comunicativo. Docente universitaria durante 25 años en la Universidad de Lima y en períodos más cortos en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (8 años) y en la Pontificia Universidad Católica (1 año). Fundadora y gestora de la A.C.S. Calandria (25 años), de la Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social (9 años) y de la Red Latinoamericana de Observatorios de Medios (1 año). Consultora de comunicación en diversas instituciones nacionales e internacionales. Investigadora en comunicación, política y desarrollo. Editora-articulista en diversos libros y autora de otros tantos, como:

- *Otra Brújula. Innovaciones en Comunicación y Desarrollo*. Lima: Calandria, 2006.
- *Hacia nuevas rutas éticas en nuestros medios. Memoria de la campaña ciudadana sobre la Ley de Radio y Televisión*. Lima: Veeduría Ciudadana, 2005.
- *Ciudadanos de a de veras. Una propuesta de vigilancia de la gestión pública desde un enfoque comunicacional*. Calandria, DFID, ACIDI, EED, 2003.
- *Una transición incierta hacia el futuro. Medios de comunicación, clase política, agenda y participación ciudadana*. Lima: Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social y Calandria, 2001.
- *Hacia una nueva Ley de Telecomunicaciones y más allá de ella. Medios de comunicación, Ética Pública y democracia*. Lima: Veeduría Ciudadana, 2000.
- *Una comunicación para otro Desarrollo*. Calandria, 1993
- *Interlocución Radiofónica*. Quito: UNDAAL y ALER, 1995.
- *De la conquista de la ciudad a la apropiación de la palabra*. Lima: Calandria y Tarea, 1988. Dos ediciones.
- *Palabra de Mujer*. Lima: Calandria, 1987.